

Bastuer - n° 1992 - 4/10 - XII - 75

Los resultados

En la vieja Gerunda dieron los siguientes resultados: Unió Republicana, 51%; Centre Catalanista, 28,7%; Catòlics Monàrquics, 11,5%; Unió Monàrquica Nacional, 4,5%. Si tenemos en cuenta que sólo en la primera candidatura había una afirmación categórica de republicanismo, es preciso reconocer que los partidarios del cambio de régimen eran inferiores a los de la mayoría de las ciudades catalanas. Esa primera candidatura estaba formada por la conjunción de Esquerra Republicana de Catalunya (constituida unas semanas antes; en las comarcas gerundenses seguía siendo muy fuerte el Partit Republicà Federal Nacionalista —supervivencia de la primera «esquerra», de la UFNR (Jaume Carner, Ildefons Sunyol, J. Lluhi i Ríssec, Pere Corominas, etcétera), que se había adherido a la nueva agrupación—, y de Acció Catalana (la cual, a pesar de haberse añadido el calificativo de «Republicana» después del reingreso de Rovira i Virgili y algunos

1931-1936: Entre las cifras y los recuerdos

HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ

Josep Maria Corredor

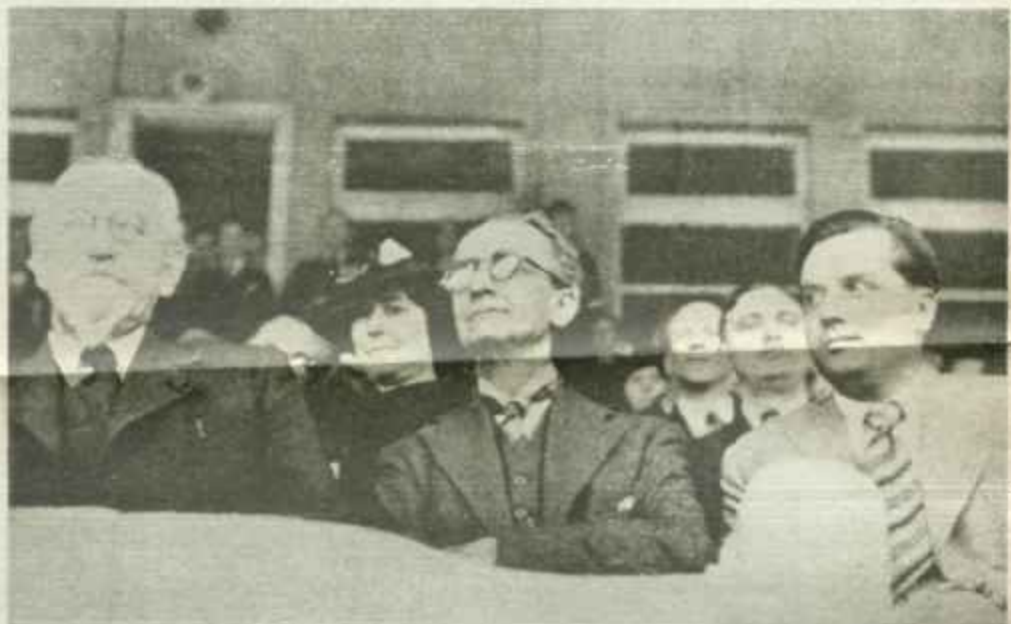
La situación inicial

El autor ha efectuado un encomiable esfuerzo de documentación. Conviene destacar los numerosos gráficos en que se indica la evolución electoral de los cuatro distritos de la ciudad, habida cuenta de las características de sus moradores según las listas del censo y el padrón de los habitantes realizado por el Ayuntamiento. También resultan interesantes las citas y las reproducciones de textos —podían ser otras, pero el criterio seleccionador siempre es subjetivo— de los dos diarios locales y de los diversos semanarios gerundenses.

De todos modos, se imponen unas observaciones ya sobre la introducción: «Si examinamos —escribe el autor— los años 1919, 1920, 1921, 1922 y 1923 (inmediatamente anteriores a la Dictadura) nos encontramos con unas cifras de participación electoral superiores al 70% (cifras halladas en los diarios de la época "El Autonomista" y "Diario de Gerona"). Esa solera ganada a pulso se verá truncada por la Dictadura de Primo de Rivera. Durante esa época dictatorial (1923-1931) (sería preferible señalar 1930), el pueblo gerundense no tendrá más remedio que inclinarse hacia la Lliga o bien optar por la abstención».

Si ya existen confusiones al situar el país y la época, las perspectivas serán fatalmente oscuras. ¿Cómo el pueblo, gerundense o de cualquier otra ciudad, podía optar por la abstención si, por tratarse de un periodo dictatorial, no se celebraban consultas electorales —prescindamos de alguna comedia—? ¿Y cómo podía inclinarse hacia la Lliga si, poco después de instaurarse el nuevo régimen, la autoridad gubernativa clausuraba el Centre Catalanista de Girona i sa Comarca y suspendía la publicación de su órgano provincial, «El Gironès»? Durante esos años, la Lliga —Cambó, seguramente por estrategia, se había separado de ella poco antes del 13 de septiembre de 1923— no pudo celebrar ningún acto en la provincia de Gerona ni en las demás, y su figura más representativa en las comarcas gerundenses, el doctor Agustí Riera i Pau —un colaborador de Prat de la Ribera, como el hombre más destacado del izquierdismo democrático, Josep Irla, muerto en el exilio—, mantuvo una actitud dignísima desde el principio hasta el final.

Otra confusión: el autor declara, refiriéndose a las elecciones municipales del 12 de abril de 1931: «Representan el advenimiento de las masas



Jaume Miravittles con Camille Huysmans y Emile van Cauwelaert en Ambers.

a la vida pública». ¿Cómo podían representar el «advenimiento» si España entera —excepción hecha de ciertas zonas rurales—, desde el regreso de Fernando VII hasta 1874, había vivido un periodo, más que agitado, tormentoso, a causa de las luchas políticas? ¿Y si en Cataluña, de 1901 a 1923 —a diferencia de lo que entonces acontecía en casi todo el resto de España—, la reacción cívica que había provocado el catalanismo político se manifestaba también en el hecho de que, como señala el señor Cornellà, en los años anteriores a la Dictadura la participación electoral (en Gerona y, precisémoslo, en las demás ciudades catalanas) era superior al 70%? Pensemos, para valorar la significación de ese dato, que Isidre Molas ha constatado que las papeletas depositadas en las urnas, en las capitales de provincia españolas y en las elecciones que determinaron el cambio de régimen, no sobrepasaban, como promedio, el 66% del censo electoral.

Las elecciones del 12 de abril de 1931 representaron un eslabón más —de gran importancia, es cierto— en una larga cadena. Se efectuaron después de una interrupción de siete años (la cual, en comparación con otras posteriores, ahora parece casi, digamos, irrisoria), y, como en todos los cambios de rumbo históricos, por encima de las apariencias engañosas hubo en ellas innovación y continuidad.

amigos suyos, y de cambiar su nombre, el año siguiente, por el de Partit Catalanista Republicà, continuará conservando de hecho su denominación inicial. Se comprende que el joven investigador se quede un poco desorientado para dilucidar «qué había» debajo de las —ahora confusas— etiquetas. El Centre Catalanista era, simplemente, la Lliga Regionalista. La Unió Monàrquica Nacional —la ridícula filial del caciquismo de «conservadores» y «liberales» madrileños— ya existía antes de la Dictadura, y los católicos monárquicos eran, sobre todo, tradicionalistas, los devotos del carlismo.

El panorama ya se presenta mucho más claro en las segundas elecciones para las Cortes Constituyentes, celebradas el 28 de junio del mismo año. Se ha adoptado el sistema de circunscripciones provinciales (en la de Gerona, cinco diputados por mayoría y dos por minoría), con lo que desaparecen los antiguos y minúsculos distritos, hábilmente establecidos por los hombres de la Restauración. Las pequeñas formaciones ya no pueden aspirar a la victoria, ni siquiera parcial. Los resultados son los siguientes: Entesa Republicana (70%): Miquel Santaló, 2.994 votos (total provincial: 55.795); Conjunció Catalanista-Republicana (26,7%): Joan Estelrich, 1.200 votos (total provincial: 16.171); Bloc Obrer i Camperol (1,2%): Jaume Miravittles, 148 votos. En la primera candidatura, la de la Esquerra, figuran aún un re-

Desconocer la historia inmediata del propio país es hallarse en la situación de un primario. Y sin embargo, por desgracia, ésta es la situación en la que se encuentra forzosamente — el adverbio es indispensable — un número elevado de nuestros compatriotas. No creemos que sea necesario suministrar largas y detalladas explicaciones para reconocer este fenómeno lamentable. Y de pésimas consecuencias: la desorientación respecto a lo que de veras ocurrió en el «ruedo ibérico» —y particularmente en Cataluña— durante los primeros treinta y nueve años del siglo actual.

La desorientación es tanto más deplorable por cuanto las realidades políticas —no hablamos de las cómodas divagaciones más o menos «teorizantes»— no constituyen un hecho aislado, de acceso fácil, sino que son el resultado de múltiples y variados factores que se influyen mutuamente. Cuando la ruptura ha sido tan prolongada, dirigir una mirada hacia un «ayer» relativamente cercano resulta difícil para quienes, perteneciendo a las nuevas generaciones, no se han encontrado en una situación especial (tradicción familiar, ciertos círculos de amistades, etc.). Durante mucho tiempo se difundió una información tan unilateral como ridícula; era inevitable la reacción de los jóvenes que no querían comulgar con ruedas de molino, y recordemos que ésta empezó a producirse hace ya bastantes lustros. De todas maneras, ha faltado la continuidad y la libertad de expresión en debates públicos, conferencias, periódicos, revistas, mítines, etc. (y en la televisión, desde hace algún tiempo el instrumento máximo para las tareas informativas).

Por este y otros motivos resulta de gran interés la monografía que acabo de leer (1). ¿Se refiere únicamente a la ciudad de Gerona? Sí, pero si se hubiese referido a cualquier otra ciudad catalana —incluso Barcelona—, el número, la significación y la representatividad de las fuerzas políticas, durante el periodo examinado, hubiesen sido casi idénticos, con algunas modificaciones en los porcentajes.

presentante de Acció Catalana (Carrasco i Formiguera) y un conocido radical (Puig d'Aspre). En la segunda, la de la Lliga, han sido incluidos los nombres de dos no «militantes» (Josep Ayats i Carles Badia) para atraer a los sectores derechistas dispersos. Obsérvese que ya se ha producido la bipolarización Esquerra-Lliga, con la aparición del Bloc Obrer i Camperol, el cual, pese a una campaña intensísima, no llegará a rebasar, en los comicios posteriores, un porcentaje del 6%.

Las elecciones al Parlamento de Cataluña (20 de noviembre de 1932) confirman la anterior orientación, aun cuando se produce una desavenencia entre la Esquerra y Acció Catalana (denominada oficialmente, como hemos indicado, Partit Catalanista Republicà). Los resultados: Esquerra Republicana: Josep Irla, 1.807 votos (total provincial: 36.144); Centre Catalanista (Lliga): Ramon d'Abadal, 911 votos (total provincial: 18.193); Partit Catalanista Republicà: Joaquim de Camps i Arboix, 670 votos; Bloc Obrer i Camperol: Jaume Miravittles, 632 votos (Miravittles era muy popular en las comarcas gerundenses, ya desde cuando, siendo muy jovencito, era un excelente medio ala de la Unió Esportiva Figueres; su seguidor inmediato, Miquel Gayolà, sólo obtiene 358 votos). A diferencia de lo que había ocurrido para las Constituyentes republicanas, se presentan varias candidaturas que en nada modifican los resultados previstos (Coalición Católica, Partido Comunista—Casanelles, 24 votos; Galán (hermano del famoso capitán fusilado), 24 votos—; Radicales Federales y Coalición Radical Agraria). Como siempre, triunfa por mayoría la Esquerra (once diputados) y por minoría la Lliga (tres diputados).

(Una necesaria rectificación: el autor de la monografía, refiriéndose al mitin final celebrado por la Esquerra en Gerona y presidido por Macià, escribe: «En el curso del acto se produjeron algaradas por parte de elementos de la reacción, que fueron expulsados, prácticamente, a puntapiés». No; los autores de los alborotos eran unos elementos «faistas», que no podían soportar la gran audiencia que obtenía entre la población obrera un partido «catalanista» y de «izquierda republicana». Lo que sucedía a este respecto en Barcelona y en lo que ahora se llama «zona metropolitana» era aún más grave, de tal manera que los «esquerrans» no tuvieron más remedio que organizar un servicio de orden para poder llevar a cabo la campaña electoral. Así nacieron los «escamots»; luego el movimiento se hipertrofió, degeneró y se hundió definitivamente en la noche del 6 de octubre de 1934.)

19 de noviembre de 1933. Por primera vez el voto femenino. Las segundas elecciones legislativas. Es el momento del «reflujo», y Gerona es una de las raras provincias españolas en que la candidatura izquierdista sale victoriosa por completo. Resultados: Esquerra (41,8%): Miquel Santaló, 3.562 votos (total provincial: 59.532); Lliga Catalana (31,8%): Joan Estelrich, 2.700 votos (total provincial: 39.926); Derecha Agraria (18,4%): Julio Fournier, 1.746 votos (es el antiguo cacique del distrito de Torroella de Montgrí; el representante típico de la derecha anti-Lliga, anticatalanista); Bloc Obrer i Camperol (5,8%): Jaume Miravittles, 751 votos (Miquel Gayolà, 470). (Para la Esquerra, el porcentaje global de la provincia siempre es superior al de la capital; no se olvide que el Alto y el Bajo Ampurdán habrían constituido unos sólidos baluartes, incluso cuando en una gran ciudad como Barcelona había, más que

ciudadanos, manadas de borregos que obedecían a dos vulgares caciques designados desde la Villa y Corte.)

14 de enero de 1934. Elecciones municipales, con motivo de aplicarse la nueva ley votada por el Parlamento catalán. Esta vez la desavenencia entre la Esquerra y Acció Catalana será funesta para ambos partidos. Unió i Defensa Ciudadana (Lliga): J. Tomás, 3.788 votos (la candidatura consigue 16 de los 24 concejales que deben elegirse); Esquerra: J. de Camps i Arboix (mal interlocutor para sus antiguos correligionarios), 3.741 votos; Acció Catalana: Ll. Franquesa, 376 votos; Bloc Obrer i Camperol: Miquel Gayolà, 170 votos. (Las candidaturas de los radicales y de la Derecha Social Agraria carecen de representatividad.) Señalemos que en Barcelona y en las demás ciudades catalanas la Esquerra, aliada con Acció Catalana y el antiguo grupo de L'Opinió, vuelve a imponerse rotundamente. Royo Vilanova declara en Madrid: «Macià ha logrado una gran victoria póstuma».

16 de febrero de 1936 (participación: 76%). Casi pudiera decirse —si bien sería falso aplicarlo a la situación catalana— *incipit tragedia*. Se enfrentan dos bloques: Front Català d'Esquerrers: Miquel Santaló, 4.775 votos (total provincial: 77.049); Front Català d'Ordre: Joan Estelrich, 4.672 (total provincial: 57.668). No se escapa a nadie la trascendencia de lo que está en juego, y en la ciudad de Gerona se percibe la incertidumbre, la vacilación de ciertos elementos. (Las elecciones de compromisarios para elegir el nuevo presidente de la República —16 de abril de 1936— no despiertan gran entusiasmo; se registran numerosas absten-

ciones —el 56,3% en Gerona— y además salen elegidos, como siempre, cinco compromisarios de la Esquerra y dos de la Lliga.)

Las interpretaciones

No hemos tratado de resumir una evolución «política» —tarea imposible en media docena de cuartillas—, sino un proceso «electoral» que ofrece —lo repetimos— un perfil paradigmático para toda Cataluña.

¿Las interpretaciones del autor de la monografía? Adolecen de ese «marxismo» bastante simple y bastante ingenuo que ahora está de moda en parte de nuestros jóvenes intelectuales; es otra consecuencia de la ruptura y del mimetismo inveterado de la comedia parisina. No hay que concederle demasiada importancia, puesto que la gran mayoría de esos jóvenes se declararían partidarios de «un socialismo de rostro humano». Las intenciones son buenas y es preciso esperar la sacudida que les dará el saludable contacto con las realidades. Una sola observación: que no se hagan muchas ilusiones sobre su representatividad. Tendrían un desengaño.

El autor, en un comentario sintético de las decisivas elecciones del 16 de febrero de 1936, indica (refiriéndose, claro está, a la ciudad de Gerona): «Un enfrentamiento de dos sectores: el proletariado y la burguesía». ¡Hombre, no exageremos! Si unos conseguían 4.775 votos y otros 4.672, con arreglo a esa clarificación resultaría que a cada «burgués» le correspondía un «proletario» y unas centésimas adi-

cionales... Los trabajadores catalanes de carne y huesos (ya antes de que el sector terciario cobrara la importancia de nuestros días) no encajaban en fórmulas esquemáticas. ¿Sucedió lo mismo en toda España? Quizá vengan a cuento, a este respecto, las palabras que nos decía el malogrado Ridruejo, hace seis o siete años: «La República de 1931 fracasó porque, salvo en Cataluña y en Vasconia, no había una gran variedad de clases medias (entre las que deben incluirse, sobre todo en Cataluña, a un gran número de familias obreras); pero ahora las estructuras son muy diferentes».

¿Que lo que falta es «la toma de conciencia»? Sobre este particular, un recuerdo de hace cuarenta y tres años. Era cuando la campaña electoral para elegir los diputados del Parlamento catalán. En el Exprés Bar, de Gerona, coincidimos, ya entrada la noche —una campaña electoral no es consultar libros en una biblioteca, sino algo muy agotador— con Miravittles, Gayolà y otro miembro del Bloc. Nosotros también éramos tres o cuatro. Se entabló una discusión, animada, pero cortés (Miravittles, contra lo que ahora creen algunos, era un orador de masas de primer orden.) No era difícil prever el resultado de la próxima contienda, habida cuenta de la cantidad de público que asistía a unos y otros mítines. Miravittles, muy sereno, muy poco meridional, no negaba esas perspectivas inmediatas, pero expresaba su gran confianza en el porvenir. «¿A causa de la progresiva toma de conciencia?», le pregunté «¡Claro!», me contestó, con aplomo y satisfacción. Catorce meses más tarde, después de cuatro años de recorrer sin parar pueblos y ciudades predicando la buena nueva, fue él quien tomó conciencia de las realidades catalanas y de que el comportamiento de nuestra gente, debido a la extraordinaria diversidad de situaciones, no se ajusta a los dogmas monolíticos.

El señor Cornellà, el autor de la monografía examinada, escribe en una ocasión: «Gentes que conviven diariamente, esta comunidad gerundense es como una gran familia». Estas sí que son palabras acertadas. Gentes que sabían convivir, esto es, ejercer sus derechos de ciudadanos y las libertades fundamentales sin pensar un solo momento en que para ello habían de matarse mutuamente. (Antes de cierto 19 de julio, en las comarcas gerundenses no se había registrado ni un solo asesinato, ni una iglesia quemada, ni una cosecha incendiada. No sólo no se habían producido esos hechos, sino que ni siquiera eran imaginables.) El autor, en su meritorio trabajo de investigación —a pesar de las desorientaciones inevitables—, se habrá percatado seguramente de que personas con orientaciones políticas divergentes no por ello dejaban de figurar —de colaborar; éste sería el término exacto— en asociaciones culturales, artísticas, deportivas, recreativas, etcétera. Esto es civilización, en el sentido más noble de la palabra; en el sentido de no considerar al contraopinante político como un enemigo que debe ser exterminado; en el sentido de mantener vivo el pasado —la tradición catalana— sin cerrar las puertas a todos los caminos que requiere el presente y el futuro, cuando así lo solicita la auténtica voluntad popular.

Cataluña era, ante todo y por encima de todo, un país civilizado. ■



Proclamación de la República Catalana en la Plaza San Jaime el 14 de abril de 1931.

(1) Pere Cornellà i Roca: *Les eleccions de la Segona República a la ciutat de Gerona (1931-1936)*. Obra premiada en el certamen organizado por la Casa de Cultura Obispo Lorenzana.